

RETRATO

Retrato del Artista como autorretratista

Frédéric-Yves Jeannet

De un cuerpo real, que estaba allí, partieron radiaciones que vienen a tocarme, a mí que estoy aquí; poco importa la duración de la transmisión; la fotografía del ser desaparecido viene a tocarme como los rayos diferidos de una estrella

Escribe Roland Barthes en *La cámara clara*, su último libro. Al explorar la correspondencia de Rimbaud entre 1881 y 1883, podremos verificar este teorema. El 13 de diciembre de 1880, escribe que llegó a Harar, Abisinia, “después de veinte días a caballo a través del desierto Somalí”. Inmediatamente, se empeña en conseguir una cámara: “Hemos pedido una cámara fotográfica y os enviaré vistas del país y de la gente” (15 de enero de 1881). Las gestiones de este pedido durarán más de dos años. “Nuestro material fotográfico todavía no ha llegado” (15 de febrero de 1881). Un año más tarde, escribe desde Adén: “En este momento hago llegar de Lyon un aparato fotográfico; lo llevaré a Harar, y traeré vistas de esas regiones desconocidas” (18 de enero de 1882). Al año siguiente, reitera su deseo de lograr “reproducciones de estas comarcas y de las fisonomías singulares que contienen” (6 de enero de 1883). Finalmente, en una carta del 19 de marzo de 1883, anuncia que el aparato llegó a sus manos. Y el 6 de mayo de 1883 manda a su familia tres fotografías “de mí mismo por mí mismo”, junto con una carta:

[...] Me arrepiento de no estar casado y no tener una familia. Pero, por ahora, estoy condenado a errar, ligado a una empresa lejana, y todos los días pierdo el afán del clima y de las formas de vida y aun de los idiomas de Europa. Desafortunadamente, ¿de qué sirven estas idas y venidas, estas fatigas y aventuras en poblaciones extrañas, y estos idiomas con los que uno se llena la memoria, y estas penas sin nombre, de no poder un día, después de algunos años, descansar en un lugar que me guste aproximadamente y encontrar una familia, y tener al menos un hijo al que pueda pasar el resto de mi vida educando según mi idea, adornando y armándolo con la instrucción más completa que se pueda conseguir en esta época, y verlo convertirse en un ingeniero renombrado, un hombre poderoso y rico mediante la ciencia? Pero ¿quién sabe cuánto puedan durar mis días en estas montañas? Y puedo desaparecer en medio de estas tribus sin que la noticia trascienda jamás. [...] Estas fotografías me representan, una de pie en una terraza de la

casa, otra parado en un cafetal; otra, con los brazos cruzados en una huerta de plátanos. Todo se ha vuelto blanco, por causa de las malas aguas que me sirven para lavar. Pero voy a hacer trabajos mejores en el futuro. Esto sólo es para recordar mi figura y darles una idea de los paisajes de aquí.

Después de esta carta y de algunos intentos más de fotografiar Adén y Harar, Rimbaud parece olvidarse por completo de la fotografía, y no vuelve a mencionar su costosa cámara hasta una carta de Adén, del 14 de abril de 1885, donde señala que la vendió. Como sus demás empresas anteriores (la poesía entre ellas), la fotografía fue una pasión pasajera, superada en beneficio de la “verdadera vida”, siempre ausente, siempre en otra parte, “más allá de las playas y los montes”.

Pero seguramente se acordó, en esa primavera de 1883, en el momento de posar para retratarse en su terraza y en su jardín de Harar, de la última ocasión en que había estado frente a una cámara, la de Carjat, en septiembre de 1871, en París, algunos días después de la lectura pública del *Barco ebrio* en un café. Y tal vez, doce años después, quiso corregir su imagen anterior, borrarla con estas tres nuevas fotografías donde aparece en medio de la vegetación tropical de Harar, alto, delgado, vestido con ropa amplia de algodón confeccionada por él mismo.

Tenemos entonces una posibilidad única y valiosa de percibir a través del tiempo la mirada de Rimbaud sobre sí mismo. Si aplicamos a estas fotografías el análisis de Roland Barthes, convendría añadirle un segundo parámetro: la mirada del fotógrafo aquí se confunde con la mirada del sujeto mismo de estos tres autorretratos de cuerpo entero. Así que podríamos parafrasear a Barthes diciendo que *de la mirada del fotógrafo-explorador-negociante sobre sí mismo, partieron radiaciones que vienen a tocarnos, a nosotros que estamos aquí, cien años después de su muerte, como los rayos diferidos de una estrella apagada*. Como bien lo vio André Gide, la obra de Rimbaud, que empezó a difundirse después de su partida a Abisinia, y sobre todo después de su muerte, es como aquellas estrellas muy lejanas que brillan hoy para nosotros y seguirán cintilando mucho tiempo después de su extinción.

Con su carta del 6 de mayo de 1883 y los tres autorretratos que contiene, el hombre sin posteridad añadió a su obra deslumbrante, a falta del hijo que no tuvo, una mirada clarividente sobre su propia imagen y su propia aventura terrestre. ◇

DE ARTURO

Aden Town. Domingo 20 de julio de 1884

Alain Borer

...pero libre de habitar en vuestro Oriente...

Algo oculta Rimbaud a su madre, durante varios meses de 1884, en sus cartas más breves y aun por instantes serenas, con algunos "Todo va bien": ella es muy hermosa...

Pero la sirvienta, Françoise Grisard, que maneja la casa Bardey desde hace cuatro años –y que es la única persona autorizada a penetrar en la habitación de Rimbaud, en el segundo piso–, la encuentra "bastante bonita"; alta y muy delgada, con sus rasgos finos y regulares que otorgan a las abisinias su reputación de inigualable belleza.

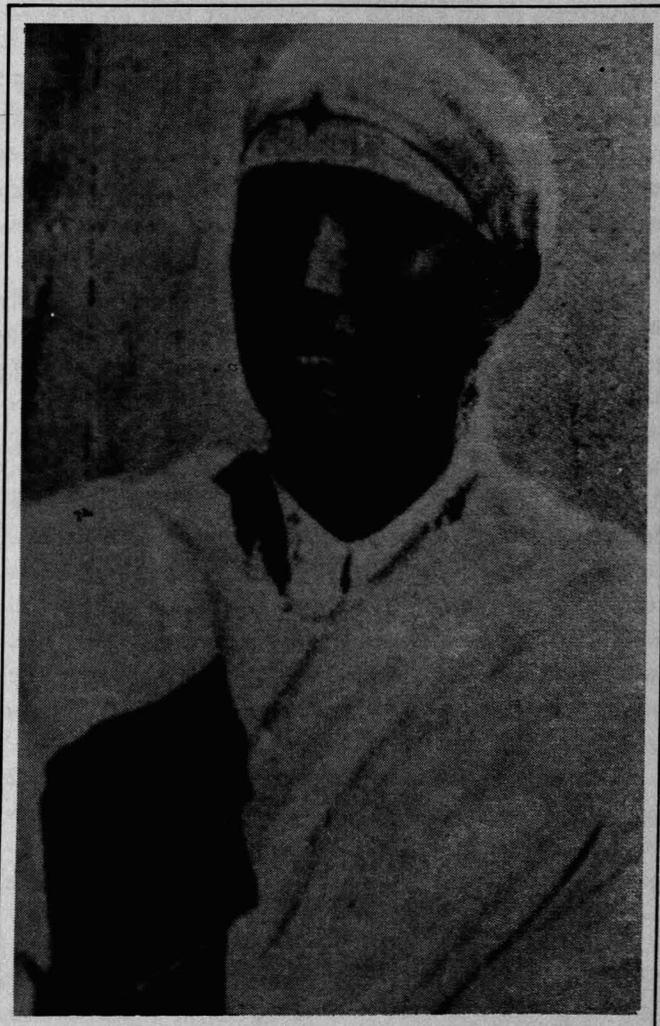
Rimbaud ha tomado mujer en Abisinia, del mismo modo en que mandaba traer los mejores instrumentos de precisión –con un objeto bastante vago. "Mujer o idea...": escribía en 1870, *la idea de la mujer es una de las fórmulas innombrables de acceso imposible a la honorabilidad y a la salud.*

Del matrimonio, no acaricia sino la idea: "En cuanto a la idea de casarse...", en la cual sueña desde su llegada a Adén, en 1880, "ella" se funda en los *Inconvenientes del celibato* expresados por Nerval en El Cairo, donde se portó muy bien en plena soledad.

"Encontrar" es una palabra clave en Rimbaud, en la obra y en la vida: hay mejores, siempre, más allá. Al mismo tiempo, solicita a su madre que le consiga un buen partido; pero es más caro: cuando menos veinte mil francos, cuando él no tiene sino trece mil... "Mujeres pobres y honestas, se les encuentra en todo el mundo..."

Todos nacidos en 1854, tienen la misma edad –a los treinta años "se comienza a envejecer"– y son muchachos viejos: Arthur Rimbaud, su jefe Alfred Bardey, Alfred Ilg, el futuro "Primer ministro" de Menelik, u Ottorino Rosa, el amigo italiano de la casa Bienenfeld, y todos admiran, si es que no la codician en secreto, a la abisinia sin nombre, de piel roja (Françoise Grisard dice "no demasiado oscura").

Su hermana la acompaña y, más joven, no sale de la agencia Bardey –en el corredor interior abierto al cielo, una terraza con balaustradas de madera azul en la planta alta. Como cada domingo, Françoise ha venido a hacer la limpieza. Ha visto a la bella abisinia aprendiendo francés, el cual habla un poco, porque Rimbaud "desea instruirla" (del mismo modo en que sueña con un hijo "ingeniero, grande para la ciencia"): confía su instrucción a las monjas (siendo amhara, es cristiana) de la Misión del padre Francisco.



Mujer que vivió con Rimbaud, según testimonio del explorador italiano Ottorino Rosa

Sólo a la caída de la noche salen en el souk. "Como no hay persona en quien se pueda confiar", Rimbaud se abrocha su cinturón con faltriqueras, que contiene trece mil francos-oro, bajo su chaleco negro. Ella se viste a la europea. Jamás habla. Rimbaud tampoco. Van a ver los barcos: el *Bien-Hoa*, que transporta mercancía hacia Tonkin, hace su entrada en el puerto. Ella fuma un cigarrillo. ◇

Rimbaud d'Arabie. Supplément au voyage. Paris, Éditions du Seuil, 1991.

Traducción de Vicente Quirarte

Quoi? L'éternité

José Ricardo Chaves

¿Qué de Rimbaud?

No su eternidad como poeta, discutible y pequeña eternidad, incierta según el gusto de los siglos.

Mejor la otra eternidad, la que se desprende de su poesía, la buscada por el niño sabio de Charleville en el fango puro del lenguaje y de los sentidos, primero, y en el silencio del desierto, después. Oh vidente desarreglo de todos los sentidos, de todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura.

Desarreglo de los sentidos, sí, pero sobre todo un *dérèglement de la lettre et de l'être*.

Si el profeta vislumbra *la lettre de l'être* y el escritor *l'être de la lettre*, entonces el vidente percibe el vacío fundamental en que se asientan tanto *la lettre* como *l'être*. La eternidad de Rimbaud está vacía, despojada de signos y gestos. *C'est la me. mêlée au soleil*. Eternidad silenciosa, pétrea, cercana al sueño mineral. *Le meilleur c'est un sommeil bien ivre sur la grève*.

¿No es el desierto de Adén –morada del poeta en sus últimos años– el escenario físico de su vacío interior, un vacío que, visto desde otro ángulo, es también plenitud, plenitud de nada? En una carta a su madre –siempre Madame Rimbaud, aun en el desierto!–, el poeta escribe: “Usted no puede imaginarse este lugar. Aquí no hay ningún árbol, ni siquiera seco... Adén es un cráter apagado, cubierto en el fondo por la arena del mar. Ahí no se ve ni se toca nada que no sea lava y arena, las que no permiten que crezca ni el más fino vegetal.” No, la temporada en el infierno no acabó en Europa, no acabó con el adiós a Verlaine y a la poesía. El infierno cambió de decorado: ya no hay brumas londinenses, disparos belgas o noches de poética lujuria –*magnifique la luxure*–; sólo quedan el silencio, *le désert mêlé au soleil*, una humilde eternidad.

El arte de Rimbaud, aun en sus poemas más terrestres, está surcado por un impulso metafísico, por una búsqueda desenfrenada de fundamento, de eternidad, que bien pueden compararse con una mística sin absoluto (a la Cioran). No en balde

ciertas versiones han hecho de Rimbaud un buscador de divinidad. Pero la lucha de Rimbaud no es con Dios –a pesar de los beatos esfuerzos de su hermana Isabelle–, sino con esa instancia que a falta de nombre llamamos simplemente Otro. Eso Otro que Rimbaud intenta capturar por los sentidos y por el lenguaje, traduciendo lo inexpresable al precario imperio de la letra, para después, agotado, desespera(nza)do, dejarse disolver en el silencio luminoso del desierto. Ahí, *elle est retrouvée*. *Quoi? l'éternité*.

Otredad, alteridad de Rimbaud que no pertenece al orden de la geografía, que no es un lugar, sea físico o psicológico, y que se manifiesta de repente como un *insight*, como un chispazo, como una *Illumination*. Otredad, alteridad de Rimbaud: no utopía, sí atopía: epifanía.

Otro/Vacío que hace escribir a Rimbaud *J'est un autre*, Rimbaud que podría acuerpar al Yago de Shakespeare cuando dice *I am not what I am*.

El poeta quiso capturar lo inefable en vez de disolverse él mismo para mejor penetrarlo. Pasada su temporada en el infierno europeo, Rimbaud se da cuenta de que no es el lenguaje el que debe metamorfosearse, sino su propio ser de viento y arena. Atrás quedan Verlaine y la literatura. El que mire hacia atrás quedará convertido en estatua de sal: Rimbaud/Loth se aleja de Sodoma en llamas.

La propia relación con Verlaine puede verse dentro de esta perspectiva. Rimbaud –*l'époux infernal*– no cesa de recriminar a Verlaine –ya sea como *la vierge folle* de *Une saison en enfer* o como *le satanique docteur* de *Illuminations*– su falta de evidencia, su fracaso metafísico en lo que respecta a su relación amorosa. Cuando Rimbaud escribía que era necesario reinventar el amor, no lo decía a la ligera. El pacto infernal entre los amantes no es ninguna metáfora. De la perturbación consciente de los sentidos y de las costumbres debía aflorar una nueva condición humana. Su vínculo erótico no podía reducirse a la lujuria, por más magnífica que fuera; era necesario alcanzar *l'état primitif de fils du Soleil*. Verlaine, atrapado por la ignorancia y por la respetabilidad social, nunca comprendió –o lo hizo muy tarde– los alcances metafísicos del pacto infernal ofrecido por Rimbaud.

¿Qué de Rimbaud? *L'éternité*. ◇

De Rimbaud

Sandro Penna

Luego serán lo *chic* de nuevos batallones
y en la noche, desgañitándose, con sus canciones
harán estremecer el corazón de los señores. ◇

Versión de Guillermo Fernández

Rimbaud

W. H. Auden



Las noches, los túneles, el mal tiempo,
sus horribles compañeros, lo ignoraban;
mas la mentira del retórico, en ese niño,
reventó como una gaita: el frío había hecho a un poeta.

Su amigo, lírico y débil, le traía tragos,
sus cinco sentidos sistemáticamente derrengados;
puso fin al sin sentido acostumbrado,
hasta que de la debilidad y la lira fue apartado.

Los versos eran una especial enfermedad de los oídos;
la integridad no era suficiente; eso parecía
el infierno de la niñez: debía intentarlo de nuevo.

Ahora, galopando a través de África, soñaba
con un nuevo yo, un hijo, un ingeniero:
su aceptable verdad para los hombres falsos. ◇

Traducción de Guillermo Sheridan



Rimbaud, por R. H. Munsch

¡Hiciste bien en largarte, Arthur Rimbaud!

René Char



¡Hiciste bien en largarte, Arthur Rimbaud! Tus dieciocho años refractarios a la amistad, a la malevolencia, a la idiotez de los poetas de París, igual que a la monotonía de abeja estéril de tu familia ardonesa, un poco loca. Hiciste bien en dispersarlos al viento de alta mar, en arrojarlos bajo la cuchilla de su precoz guillotina. Tuviste razón en abandonar el bulevar de los haraganes, los cafetines de los meones líricos, a cambio del infierno de las bestias, el tráfigo de los astutos y el saludo de la gente sencilla.

Este absurdo impulso del cuerpo y del alma, esta bala de cañón que da en el blanco y lo revienta, ¡esto sí es una vida de hombre! No se puede estrangular indefinidamente al prójimo al salir de la infancia. Aunque los volcanes cambian poco de lugar, su lava recorre el gran vacío del mundo y le añade virtudes que cantan en sus llagas.

¡Hiciste bien en largarte, Arthur Rimbaud! Somos un puñado los que, sin tener pruebas, creemos en la felicidad posible contigo. ◇

Versión de Jorge Esquinca

RIMBAUD

Luis Cardoza y Aragón

Con sus *Poesías*, *Las Iluminaciones* y *Una Temporada de Infierno*, uniendo sus estrellas sobre el cielo, como en los mapas celestes, podemos trazar la forma de la constelación de Juan Arturo Rimbaud, que nos ha quitado definitivamente la paz para darnos su alta gloria desolada.

Una Temporada de Infierno es la creación más extraordinaria de este extraordinario poeta. Es un poema rebosante de una potencia de expresión única, escrito con lucidez extrema, en la cima de un dolor y un afán inmensos: a veces nos parece casi sobrenatural por su congoja, la complejidad de su visión y su purísima rebeldía absoluta. Toda la angustia manifestada en el mágico acento del poema, con su ardiente naturaleza de desterrado, muéstranos al Hombre, lo que de divino hay en él por encima de la mortal ceniza.

Es una concentrada acumulación de fuerzas enemigas, cristal puro de frenesí, de orgullo, de indecible ternura. No sé de otro poema, en ninguna literatura, que nos ofrezca en forma tan precisa, tan encendida y tan diáfana, el sueño y la pasión del Hombre, la cal de sus huesos, la soledad de su sangre, la tristeza cósmica del cuerpo caído por su gravedad fatal.

Quien con su pie sobre el amor y otro sobre la muerte, en súbitos relámpagos no haya experimentado alguna vez en su poesía o en la poesía de los demás, que también es suya al transfigurarse a través de ella, que el hombre no es sólo esa pobre bestia lírica que entierra sus muertos y gime ante la nada, que hay una realidad entrevista por la poesía, un recuerdo permanente del paraíso perdido, acaso recobrado definitivamente en la muerte, debe recurrir, desesperado como río con hambre de eternidad, a estas páginas sostenidas por impulso sin mácula.

Rimbaud es una llama, una verde llama de angustia, inextinguible, alimentada por su tortura metafísica, martirizada no por el medio o la materia, sino por su naturaleza arcangélica. Su obra que purifica, deslumbra y aniquila, nos legó la esencia de una fértil fatalidad que cerró las esclusas de la satisfacción y la calma. Cerca de ella no puede existir el vano ejercicio de las palabras. La poesía alcanzó su función de sortilegio: escribió *Una Temporada de Infierno* y la destruyó apenas publicada, como quien realiza un acto de encantamiento para librarse de la causa de su agonía y ofrecernos la extensión de su inocencia que no puede contemplarse sin vértigo.

Jamás inconformidad más trágica, más intensamente sentida, vivió un poeta. Su poesía surge por todas partes, avasalladora, lanzando divinas blasfemias. La he leído con fervor, como pocos la han leído, más de una vez, en ocasiones en que la angustia estrujaba mis sienes en una atmósfera que pesaba sobre el alma. Nunca he encontrado ese tinte de satisfacción cristiana que se pretende percibir en él, esa inclinación tolerante hacia la seductora doctrina envenenada, esa vehemencia a la deriva que parece llevarle a buscar tentativas de conciliar lo inconciliable.

La poesía de Rimbaud está por encima de toda conciliación con doctrina alguna, y es por ello tan angustiosa y tan próxima para nosotros, tan terriblemente próxima y desesperada, que la hemos sentido nacer en nosotros mismos, como blanca columna esbelta alumbrada por sol cenital que no la deja engendrar sombra, asentada acaso sobre su sombra, anegada de luz, interminablemente amarga.

Su gemido llameante y viril, su cuerpo de ángel desollado, sus llagas y sus pústulas celestes, así como sus embriagueces de pobre mendigo y sus limitaciones telúricas de muchacho puro y desamparado por la fuerza misma de su genio, a la intemperie de todo lo que no fuese su martirio, ha llevado a temperamentos pantanosos a ver en él un rebelde que estuvo cerca de la conversión.

En el dualismo cristiano hay mucho de esta angustia, pero en razón de una esperanza. En la rebeldía de Rimbaud no se siente ni mínima presencia de esperanza, y cuando en su lúcido delirio parece percibir las ciudades espléndidas, con el salto sordo de la bestia feroz se aleja de ellas para seguir en medio de su desierto infinito.

Sus visiones prodigiosas, vertidas por necesidad que se diría fisiológica, nos demuestran la existencia de algo sobrehumano. No encontramos en su poema la tradicional evasión y amputosidad románticas, ni rastro de aclimatación en su residencia en la tierra, sino una misteriosa notación de experiencias misteriosas, en lenguaje de ritmo sobrio y magnífico. Escribió como en otro mundo. La frase definitiva de Verlaine, su compañero de infierno, le fija lapidariamente: un ángel en exilio.

Sus palabras de fiebre apocalíptica fueron pronunciadas para crearnos un espacio irreprochable en donde pueda vivir nuestro recuerdo del cielo. Trágico y sin quijotismos, relampagueante y vengador como la espada de los arcángeles, todo en él posee la fuerza de un mito, todo en él es irreductible, absoluto ejemplo de absoluto, de inacabable dureza sin límites.

Fue un niño incandescente en quien hallamos la trayectoria de la vida humana, como cuando un suicida recorre, en el vértigo de su agonía, el panorama de su propia existencia. Juan Arturo Rimbaud vivió en ese tiempo vertiginoso del suicida, preocupado sólo en cerrar su paracaídas, con esa celeridad y su tumulto de visiones maravillosas en donde el hombre todo vive de nuevo su existencia.

Sigue cayendo vertiginosamente, revelándonos la vida en su vértigo, revelándonos la vida en el final espasmo, en nuestro suicidio que es leerle, en nuestra caída hacia su mundo, acaso en el flanco de una nave, tal vez ya ahogados y sólo siendo casi una nostalgia de los cielos, sigue cayendo vertiginosamente, interminablemente.

He ahí su poema: vedle precipitarse con su gran cuerpo de arcángel, ascender o caer, que nunca lo sabremos, como un meteoro perteneciente a un orden desconocido, sufriendo su martirio sagrado y majestuoso. ◇



Rimbaud,
por Cazals, 1872

Rimbaud

Víctor M. Navarro

Un giro impertinente.

La realidad escondida en las palabras muerde el anzuelo.

Es noche y los pasos resuenan en el alma, ebrio, profundamente ebrio: la embarcación llegará algún día, y los muertos seguirán caminando por la calle —como si nada— invadiendo aceras de existencia.

Una foto color sepia se respira en el aire, un recuerdo color sepia ilumina las mejillas de un joven que derrumba la puerta de su amante.

Después el tráfico. La incertidumbre.

El sol al otro día por la ventana llena de negro el cuarto. Los ojos cerrados presienten un cuerpo.

A medio mar. Náufrago de sueños. Recorre interminable la luz blanquísima de su vida, tirada en cualquier basurero del siglo xx.

Nada ha pasado aún. En la mano un poema como parvada de colores que se alejan. ◇

Oda a Jean-Arthur Rimbaud

Pablo Neruda

AHORA
en este octubre
cumplirás
cien años,
desgarrador amigo.
¿Me permites
hablarte?
Estoy solo,
en mi ventana
el Pacífico rompe
su eterno trueno oscuro.
Es de noche.

La leña que arde arroja
sobre el óvalo
de tu antiguo retrato
un rayo fugitivo.
Eres un niño
de mechones torcidos,
ojos semicerrados,
boca amarga.
Perdóname
que te hable
como soy, como creo
que serías ahora,
te hable de agua marina
y de leña que arde,
de simples cosas y sencillos seres.

Te torturaron
y quemaron tu alma,
te encerraron
en los muros de Europa
y golpeabas
frenético
las puertas.
Y cuando
ya pudiste
partir
ibas herido,
herido y mudo,
muerto.

Muy bien, otros poetas
dejaron

un cuervo, un cisne,
un sauce,
un pétalo en la lira,
tú dejaste un fantasma
desgarrado
que maldice
y escupe
y andas
aún
sin rumbo,
sin domicilio fijo,
sin número,
por las calles de Europa,
regresando a Marsella,
con arena africana
en los zapatos,
urgente
como un escalofrío,
sediento,
ensangrentado,
con los bolsillos rotos,
desafiante,
perdido,
desdichado.

No es verdad
que te robaste el fuego,
que corrías
con la furia celeste
y con la pedrería
ultravioleta
del infierno,
no es así,
no lo creo,
te negaban
la sencillez, la casa,
la madera,
te rechazaban,
te cerraban puertas,
y volabas entonces,
arcángel iracundo,
a las moradas
de la lejanía,
y moneda a moneda,
sudando y desangrando

tu estatura
querías
acumular el oro
necesario
para la sencillez, para la llave,
para la quieta esposa,
para el hijo,
para la silla tuya,
el pan y la cerveza.

En tu tiempo
sobre las telarañas
ancho
como un paraguas
se cerraba el crepúsculo
y el gas parpadeaba
soñoliento.
Por la Commune pasaste
niño rojo,
y dio tu poesía
llamaradas
que aún suben castigando
las paredes
de los fusilamientos.
Con ojos
de puñal
taladraste
la sombra
carcomida,
la guerra, la errabunda
cruz de Europa.
Por eso hoy, a cien años
de distancia,
te invito
a la sencilla
verdad que no alcanzó
tu frente huracanada,
a América te invito,
a nuestros ríos,
al vapor de la luna
sobre las cordilleras,
a la emancipación
de los obreros,
a la extendida patria
de los pueblos,

al Volga
electrizado,
de los racimos y de las espigas,
a cuanto el hombre
conquistó sin misterio,
con la fuerza
y la sangre,
con una mano y otra,
con millones
de manos.

A ti te enloquecieron,
Rimbaud, te condenaron
y te precipitaron
al infierno.
Desertaste la causa
del germen, descubridor
del fuego, sepultaste
la llama
y en la desierta soledad
cumpliste
tu condena.
Hoy es más simple, somos
países, somos
pueblos,
los que garantizamos
el crecimiento de la poesía,
el reparto del pan, el patrimonio
del olvidado. Ahora
no estarías
solitario. ◇

Poema escrito en el centenario del nacimiento
de Rimbaud



Muere en los sargazos

Cuauhtémoc Arista

...Fleur éternel des immobilités bleues...
...C'était bon. Elle avait le bleu regard -qui ment!
...Baiser montant aux yeux des mers avec lenteurs...

Oye hundirse las palabras de la casa
y el naciente ruido de la calle,
tan en paz,
en los doce ojos azules de Arthur.

Ella sin nombre le zurce
pedazos del sonido,
ropa que manchar.
Una delgada camisa los separa.

En la misma sarga palidece
la tribu de hermanos
y ella tiembla
en la ronda de niños que le escupe Arthur
y el fósforo de versos que no entiende.

En su boca eran lo mismo
Etiopía, la escuela y el latín,
la verde carne y el pasado inédito.

¿Para quién la sarga, los sargazos?
Arthur corre a la única hora lenta
de su nacimiento. Lo detienen dudas,
cae lejos, por sus pies azules
sube la paralizante mano.

Quiere o quisiera
no desear el suave Oriente de su hermana.
Quién lo asiste
desde muros blancos y las blancas letras
de la sed en este blanco Adén. ◇

Pájaro de cuenta

Jorge Esquinca

L'enfant sauvage

Torrencial adversario! Cuántas noches fingiste encaramarte sobre la rugosa almendra, cuántas veladas –bajo el chopo de la infancia– asomaste tu cara de plebeyo ensortijado, tu cabellera tornasol sujeta por la falsa diadema.

Niño del marasmo, tu morada entre tubérculos, tu solsticio en jirones, tu corazón patibulario te dieron el martirio: un potro de nácar para esas noches inmensas como el lamento de los conquistados.

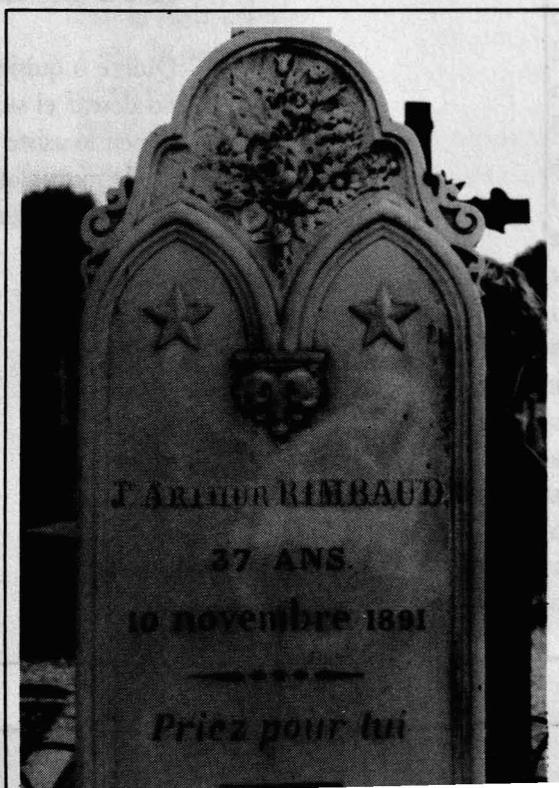
Y cuando astillas el borde de los pétalos, cuando te arrastras con uñas y silbidos entre los humores de la ingle: ah cómo nos parte el rayo de la anunciación, cómo sabes dejarnos el alma boquiabierta.

Acércanos tu noria, te pedimos. Redime nuestra errancia con la aguja imantada de tu idolatría.

Abisinia

¿Dónde instalar un silo de amoroso desvelo en esta tierra inhóspita, un dique soberbio para contener la arena viva de este desierto desbordado, una palabra sola que resista el azote implacable de un lenguaje bárbaro, de brasa, en los labios de estos hombres solares; y continuar –desnudo el pie, las manos desolladas, la espina en el corazón– como un descarnado más en esta caravana de fantasmas, en esta larga peregrinación de exiliados de la sombra; cuando entre insomnio y espejismo se alcanza un pozo y el agua sabe a desolación, de agua horrible que sostiene en vilo la amargura con el mendrugo de su frescor, con el falso augurio de su redención?

¿Quién demonios, más allá de esta población de soledades, donde acechan las fiebres como fieras y el clima no tolera más que al nómada y las mujeres no disimulan su mirada de áspid mientras abren los muslos, quién que muerto y vivo recoge las voces de mi sueño, qué boca escupe por la mía este conjuro? ◇



Tumba de
Jean-Arthur Rimbaud

Una silueta de Rimbaud a través de Tarkovski

Hernán Lavín Cerda

Aún vislumbro cómo tiembla el espíritu de Arthur Rimbaud en la escritura de Arseni Alexandrovich Tarkovski, el padre del poeta del cine Andrei Tarkovski:

*Ahí está la madre, y con la mano me llama
hacia ella, como si estuviera cerca, muy cerca,
pero no la alcanzo;
me acerco, ella está a siete pasos,
me llama hacia ella y yo voy,
ella está a siete pasos y me llama con la mano.
Siento calor, me abro la camisa
y me recuesto:
suenan trompetas, la luz
se estrella en los párpados,
pasan caballos galopando, la madre se eleva
por el empedrado, me llama hacia ella
y se va volando.*

Anoche vi por tercera vez el documental sobre la filmación de *El sacrificio*, la última película con el pensamiento y el sentimiento de Andrei Tarkovski. Este documental fue dirigido, en 1988, por el coeditor de *El sacrificio*, Michal Leszczyowski. En uno de los pasajes de esta cinta profunda e intensa, Tarkovski, el ruso más antiguo —participante del espíritu de los “locos divinos” de la antigua Rusia—, dice refiriéndose al arte:

—Me parece que lo verdadero es casi inexplicable, pero nos da entereza.

Creo que lo mismo podría decirse de Arthur Rimbaud, el otro visionario, el otro artista sumergido en la verdad de las imágenes que se alumbran desde el fondo —casi todo es interior—, iluminándonos. Como las imágenes de Andrei Tarkovski, las de Rimbaud ascienden desde las profundidades del ser, los abismos interiores, las honduras casi amnióticas, y todo se multiplica estableciendo puntos de encuentro y fusión entre la claridad y la oscuridad. Se mestiza el tiempo en Arthur Rimbaud; el tiempo es esculpido a medida que avanza y retrocede en las imágenes verbales. Aparece entonces la vigilia onirizada: un persistente buceo iluminador (ahí están sus magníficas iluminaciones) más allá de los límites de la conciencia que sólo confía en los poderes de la equívoca razón razonante? El desarreglo de los sentidos, propuesto por el joven poeta, constituye un tábano libertario y crítico —agudeza de la aguja sensorial y libérrima—, la crisis de la anteriormente sagrada personalidad sentimental. El poeta se convierte en un transmisor de lo desconocido.

Tarkovski dice casi lo mismo con otras palabras:

—No puedo relacionarme con la realidad a través de la razón más o menos pura, que supuestamente es la base del conocimiento. Yo soy más intuitivo y me comporto como los

animales o los niños: me dejo llevar por las atracciones misteriosas, por ese lenguaje que surge desde la vida más íntima de los personajes. De lo que se trata es del instinto revelador: la psicología más profunda de los seres humanos, las relaciones secretas y difícilmente explicables.

Somos rehenes de la eternidad y prisioneros del tiempo —decía Boris Pasternak. La poesía es una condena. El poeta está al servicio de esa condena que también es un ritual del salvamento. ¿Cómo no estar de acuerdo con el visionario que fue Arthur Rimbaud? Hay un fenómeno mediúmnico en este juego de la poesía. Uno no la elige como consorte o pareja matrimonial; más bien somos elegidos por la respiración, el ritmo o el rito de esa criatura equívoca, sombríamente luminosa, y esquiva. En efecto, somos pensados por ella y por los otros espíritus que viven o sobreviven en nuestro interior.

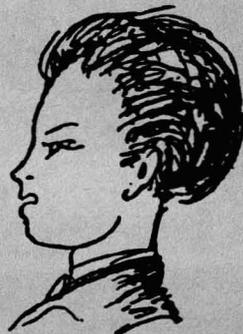
—Asisto al nacimiento de mi pensamiento —decía el poeta de *Une saison en enfer*—; lo miro, lo escucho: el arco ataca el instrumento y la sinfonía comienza a sonar en las profundidades o salta de golpe al escenario.

Andrei Tarkovski lo diría casi con las mismas palabras:

—No es verdad que el poeta es un cazador de temas. Éstos no llegan desde el exterior, sino que van apareciendo desde nuestra sensibilidad más íntima. Cada ser humano es un mundo que busca expresarse a través de la subjetividad. Todo nace como un rumor, poco a poco, y se materializa en imágenes más o menos concretas. La conducta de un personaje puede ser ambigua e inexplicable, pero su forma de expresión habrá de ser verdadera, a fin de que nos comunique desde lo más profundo.

Mirar y escuchar el desliz del pensamiento, como quería Rimbaud. Qué oficio tan jubiloso y doliente. Los milagros del arte sucederán en las profundidades o saltarán de golpe al escenario: un golpe de las potencias más o menos órficas. Logos no siempre lógico. Logos fecundo: fecundador y autofecundante. Plenos poderes del Logos fecundado por las raíces ocultas de la poesía.

Eso fue Arthur Rimbaud: el visionario acosado por la energía libérrima de sus propias visiones. Eso, todo eso, y muchísimo más. ◇



Rimbaud. Caricatura de Delahaye

Furia y fijeza de ángeles

Fernando Curiel

Jean-Nicholas-Arthur Rimbaud (1854-1891) James-Byron Dean (1931-1955)

I

Digamos, Vicente, que Walter Benjamin rompe en Port Bou el cerco nazi y, finalmente, cruza la frontera española; que llega a Portugal y embarca a los Estados Unidos, donde el envidiosillo de Adorno le hace la vida imposible; que en 1941 manda al diablo al Instituto de Investigaciones Sociales y fuera del cubículo descubre, en Nueva York, la capital del siglo xx; que malvive del tráfico de obras de arte europeas; que una tarde de flaneo se mete a un cine para ver la última película de Elia Kazan; que esa noche, en un cafetucho del Bronx, escribe sus impresiones —esas impresiones que lo habían rondado desde las primeras escenas de *Al este del paraíso*. ¿Dónde diablos había advertido ya esa mirada, desvalida y metálica, hechizante, del intérprete del personaje llamado Cal Trask? La iluminación descende hasta su pringosa mesa: en las fotografías del casi púber, pero ya maldito, Arthur Rimbaud.

2

Digamos que llegó temprano —sólo que la cola ya daba vuelta a la esquina; que esperó, impaciente, su turno; que a él, que ya pulsaba el fenómeno de una Era Juvenil en los Estados Unidos, *Rebelde sin causa* le pareció inane y sandía; que, por otra parte, apenas si prestó atención a la sensualidad incomparable de Natalie Wood y al manierismo de Sal Mineo, desleído Marlon Brando; que únicamente se atuvo a la mirada

de James Dean. Furia y fijeza de ángeles. Sí. Rimbaud reencarnado. Pero

el que abandona Europa tras visiones candentes, calcinadas
no el que regresa, lamentable y advenedizo
carne-de-quirófano.

3

Digamos, por último, que se entera del accidente a través de un anunciador eléctrico de Times Square; que la muerte de "Jimmy" lo complace, estilísticamente hablando; que sin embargo, arqueólogo cultural, anota los detalles: la marca del automóvil de carreras (Porsche), la velocidad (*seventy-five miles per hour*), el lugar (Cholane), la ausencia de mordeduras de llanta en el asfalto. Para él, aquella atardecida del 30 de septiembre de 1955, ocre y ardiente, Dean corría, por la carretera 41, igualmente a Abisinia. Viaje —éste— sin regreso. Muerte plena, mítica, adolescente, inmortal. Para concluir sus notas, Walter Benjamin tacha el segundo nombre del actor, en alusión al poeta inglés, y, haciendo justicia, añade R-i-m-b-a-u-d.

RIMBAUD
~~JAMES BYRON DEAN~~

Yo tenía 13 años y vivía en Taxco de Alarcón. ◇



Cristo Rimbaud según Henry Miller

Arturo Trejo Villafuerte

No ser deseado, no ser útil al mundo.
Abandonar la literatura para vivir,
ser "un místico en estado salvaje".
De la temeridad de la juventud pasar
sin transición a la cautela de la vejez.
Crear algunos pasajes obsesionantes,
ciertas frases memorables o incontables,
como gemas caídas de un cofre saqueado.
Nunca entregarse completamente a nadie,
ni a Dios ni al hombre.
Y sin embargo de niño darse a Dios,
de joven al mundo; y en ambos casos sentirse engañado
y traicionado.
Mantener la esencia de su ser intacta,
incommovible, inaccesible.
Llegar hasta el final o morir. En ello reside
su pureza, su inocencia.
Estar en el mundo sin ser parte de él.
El misterio está en el corazón humano,
"la poesía debe ser hecha por todos",
debemos hallar un nuevo lenguaje mediante el cual
el corazón pueda hablar al corazón sin necesidad de intermediarios.
Ser poeta fue en un tiempo la vocación más alta,
hoy es la más vana, porque el poeta no cree ya
en su misión divina.
Poco importa que perdamos al poeta si salvamos a la poesía.
No nos queda ya más que el porvenir.
Poetas y videntes anuncian el nuevo mundo.
Rimbaud no encaja... nadie quiere saber de él.
*Es un cristo laico que busca la redención del hombre
a través de la libertad.*
Para alcanzar la salvación hay que vacunarse con el pecado.
Experimentar todos los pecados,
tanto veniales como capitales,
ganarse la muerte, con todos los apetitos,
no rehusar ningún veneno, no rechazar ninguna experiencia,
por degradante o sórdida que sea.
Y ya que debo vivir por una sola vez en esta tierra,
prefiero conocerla simultáneamente como Infierno,
Purgatorio y Paraíso.
El hombre trata de alcanzar lo alto,
Dios lo bajo,
y a veces sus dedos se tocan. ◇

Texto formado con palabras de *Tiempo de asesinos* de Henry Miller (Alianza Editorial, Madrid, 1983. 120 pp.)

Una temporada en el poema

José Francisco Conde Ortega

El joven vuelve a abrir el libro en la misma página. Un poco arrugado, un boleto de tren reposa en las hojas sucias de dedos. Cierra el libro y toma de nuevo el vaso, que le devuelve su imagen: una sonrisa de ángel inocente se oscurece a través del líquido. Su mirada se adelanta muchos años. Cierra los ojos.

El cuarto es oscuro y húmedo (la silla y la mesa no tendrían sentido sin la botella de vino y el vaso). El joven se sienta y mira nuevamente su vaso. Con la otra mano sostiene amorosamente el mismo libro. El boleto de tren está, ahora, en uno de sus bolsillos. Le gusta ver su imagen en el cristal del vaso. Sería capaz de injuriar al ángel que le devuelve la sonrisa cada vez más inocente. Podría creer en el infierno.

Abre el libro y lo vuelve a cerrar. Se pone de pie con lentitud y siente la oscuridad. Abre la pequeñísima ventana y ve que es mediodía. Le daría lo mismo, sólo que oye que empujan la puerta y ésta se abre poco a poco. No voltea: únicamente sabe que el mediodía llegó acompañado de pasos saturnales. Acaricia su boleto de tren y sonríe con inocencia. ◇



Dibujo de Delahaye

Arthur Rimbaud



Verlaine y Rimbaud en Londres.

Aquí tenemos las películas

Darío Jaramillo Agudelo

El equívoco es rigurosamente histórico. Y reciente. Aguanta, además, un emillón de interpretaciones, que dejo en manos del lector.

He aquí la historia. Un amigo mío entra en una librería de Bogotá. Va con su mujer, su testigo, y a quien desea regalarle una traducción, y pregunta por *Una temporada en el infierno* de Rimbaud. ¿De quién? De Rambó, dice mi amigo con su pronunciación muy Liceo Francés: Rambó. ¿Rambó?, pregunta el empleado, ¿Rambó?, se repite algo perplejo, ¿No será Rambo?, aclara, *Una temporada en el infierno*... sí, claro, de Rambo. Y añade: De Rambo no han salido los libros pero ya tenemos sus películas... ◇

El amigo fiel

Gregorio Monge

Éste es el verso y el anverso de un retrato de Rimbaud. Es el sobre continente de la carta enviada por Germain Nouveau a su amigo Arthur el 12 de diciembre de 1893, es decir, dos años después de la desaparición física de su compañero de viajes y lecturas. Se trata de un alegre, cálido y entrañable retrato de Rimbaud porque, contra la leyenda negra del maldito carente de afectos, múltiples son las demostraciones de cariño por él recibidas a lo largo de sus 37 años de existencia. Genio adolescente, tuvo la incondicionalidad de George Izambard, Paul Verlaine y otros poetas parisinos. A lo largo de su vida, la compañía permanente, a pesar de tiempo y espacio, de Ernest Delahaye, su lector, su confidente, su biógrafo. Mutilado y agonizante en el Hospital de la Concepción, anciano de 37 años, el otro Rimbaud recibió innumerables epístolas de sus amigos que le deseaban pronto restablecimiento y aguardaban su retorno a Harar: César Tian, Sotiro P. Constantino, Felter, Ilg, Makonnen, Dimitri Righas, Maurice Riés, A. Savouré. Aun en el lecho de muerte de La Concepción, Isabelle se convirtió en su única y más cercana amiga.

Las cartas recibidas son retratos de lo que somos en el otro. El retrato de Nouveau conmueve, entonces, desde la lectura física del sobre marcado por múltiples sellos, señales de la frustración, de la lectura postergada, del destinatario desaparecido. Como los grandes, auténticos, luminosos malditos, Rimbaud creyó en la fraternidad. Está en sus poemas y está en el diario londinense de su hermana Vitalie. Está en esta carta del fiel amigo Germain Nouveau. Ignorante de que en ese 1893 su amigo Arthur entraba para unos en el olvido, para otros en la inmortalidad, Nouveau envía una epístola al tiempo presente de las mutuas vivencias, a la palpitación inmediata y permanente de lo que sembramos al lado del amigo. Años de ausencia no debilitan el invisible y poderoso puente de la amistad, que permite leer esta carta con la instantaneidad y el cariño del "Decíamos ayer..." Abramos el sobre para ver este retrato de Rimbaud.

Argel, 12 de diciembre de 1893.

Mi querido Rimbaud,

Habiendo escuchado decir en París que vives en Adén, luego de no pocos años, te escribo a Adén por si acaso y para mayor seguridad me permito recomendar mi carta al cónsul de Francia en Adén. Sería feliz, pero muy feliz, de tener noticias tuyas. En cuanto a mí, verás, es sencillo. Estoy en Argel en calidad de profesor de dibujo con licencia, sometido a un ético tratamiento y en vías de sanar (mal) de mis reumatismos.

Se me ha ocurrido una idea que me parece buena. Estoy por recibir una cierta suma y quisiera abrir un pequeño negocio de pintor-decorador. Hay poco quehacer en Argel, ciudad insufrible; he pensado en Egipto, donde viví durante varios meses hace siete años; luego en Adén, como una ciudad más nueva y donde —desde mi punto de vista, claro— puede haber más recursos.

Te agradecería me dijeras qué tan buena es esta idea y que atiborraras tu amable carta con un montón de datos.

No he visto a Verlompe desde hace dos años, tampoco a Delahuppe. Uno es famoso y el otro está empleado como redactor en el Ministerio de educación pública, cosas que tú sabes quizá tan bien como yo.

Espero, para escribirte una larga carta charlotera, respuesta tuya.

Tu viejo camarada de antaño siempre cordial,

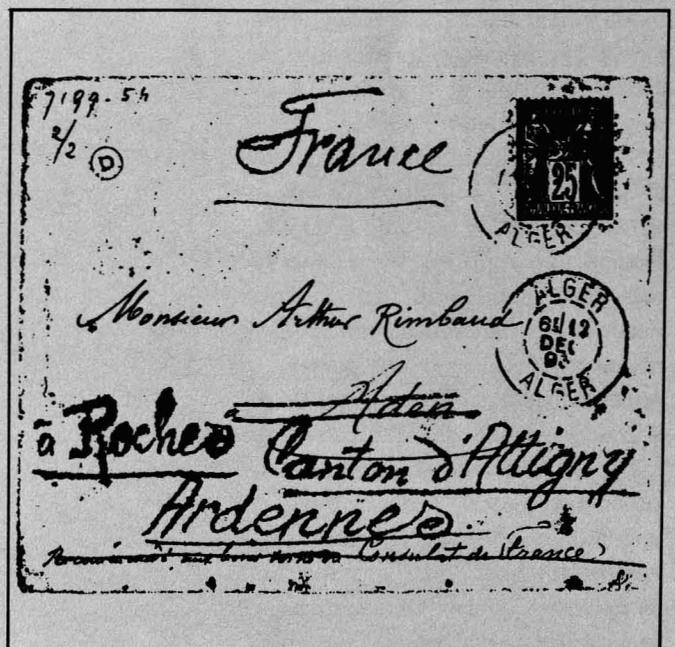
G. Nouveau.

Calle Porte-Neuve, 11
Argel.

Estoy en vías de aprender árabe —sé inglés e italiano— puede ser útil en Adén.

Consulado de Francia.

Para entregar al señor Arthur Rimbaud, en Adén. ◇



Breve memoria de una conversación que pudo haber tratado de Arthur Rimbaud

Javier García-Galiano

Fue en una sucia taberna del puerto en Lubeca, donde solían reunirse pescadores en desgracia, estibadores lisiados y algunos marineros desempleados a rumiar silenciosamente su rencorosa amargura y evocar el sabor salado del arenque crudo. Un marinero polaco, Kristoph Chrobozinski, que seguramente nunca había conocido tiempos mejores, invitó insistentemente a su mesa a un desconocido, evidentemente extranjero. Junto a él se sentaba callado un abisinio, que sólo sonrió estúpidamente cuando su compañero de mesa confesó que él también de joven había cometido la audacia de escribir unos cuantos versos porque creía que con ellos podría conquistar mujeres, las cuales no sabían leer o no acostumbraban hacerlo, quizá por considerarlo cosa de leguleyos.

Chrobozinski odiaba la literatura, pero como buen marinero no podía renunciar a sus propias historias. Eran tiempos en que todavía se creía en aquel desgraciado conocido como Judío Errante. Hacía no mucho, algunos habían querido contratarlo para liberar a Napoleón de Santa Elena. El polaco también había creído en él, y así se lo confió al desconocido tras haber transformado su irónico desprecio lleno de grosería mediante un largo trago de ginebra barata, aquella tarde de abril de 1893. "Todos hablaban de él", trataba de justificarse Chrobozinski bajando la voz. "Yo cometí el error de dudar. En Rotterdam y Amberes sólo se mencionaba a ese Judío Eterno. Incluso decían que le habían dedicado una ópera. Esos relatos me llenaban de escepticismo y sarcasmo, hasta aquel día en que llegué a Londres y en los muelles me encontré a ese borracho de un sentimentalismo afectado. Entre las manos apretaba con dureza y coraje un rosario; estaba poseído por el cristianismo y su Iglesia. Yo también creo en Dios y en la Virgen y en los Santos, pero no de

esa manera. Entre sollozos contenidos trabajosamente afirmaba con patetismo haber sido tentado por el Demonio, al cual había intentado matar a balazos en Bruselas. Obviamente no lo había conseguido. Pero el Demonio andaba suelto, errabundo, y además se anunciaba en el periódico, y como prueba mostraba un *Times* viejo, señalando casi con ira un anuncio cualquiera:

A Parisian (20) of high literary and linguistic attainments, excellent conversation, will be glad to accompany a Gentleman (Artist preferred) or a family wishing to travel in southern or eastern countries. Good references. A. R. No. 165, Kings Road, Reading.

"Tiempo después ingresé a la tripulación del *Prinz van Oranje*, el cual solía transportar mercenarios del ejército

holandés a Java. Durante una de las travesías, un extraño personaje invadió toda conversación. Su presencia era considerada inquietante. Decían que había estado en el Infierno. Algunos lo tenían por mago e iluminado. Contaban que estaba obsesionado con el bien y el mal, a los cuales pretendía conciliar. Era parco hasta para insultar, aunque afectivo. Me pareció estúpido pensar en el viejo de Londres, pero lo hice. También me acordé de él en Hamburgo, donde el Demonio había trabajado como intérprete en el circo Loisset, trayendo consigo la desgracia; una de las hijas del propietario del circo se había casado con un príncipe ruso, la otra había muerto en un estúpido accidente ecuestre.

"Aunque tratara de disfrazarse de elegante, era obvio que el Judío Errante había adoptado la zafia forma de un



Rimbaud café. Caricatura de Delahaye

campesino francés. Fue entonces cuando descubrí en mí grandes deseos de conocerlo. Traté de distraerlos, pero cada relato que tratara aunque fuera aproximadamente de él, los acrecentaba.

“En todas partes encontraba indicios de él. En Zeila, un camellero me habló de un europeo que exportaba café en Harar. Un hombre extraño que vivía en una soledad exacerbada, insoportable para cualquier otro. Se decía que pensaba en Panamá y que había contraído la sífilis. En esa soledad me pareció identificar otro de los signos del Demonio.

“Fue en Adén donde supe que estaba cerca de mi destino, y donde habría de encontrarme con él. Un buhonero italiano me advirtió acerca de un francés de Harar que andaba en busca de un socio para llevar armas a Menelik. Tenía todo dispuesto: las armas, la anuencia del cónsul y los camellos para adentrarse en Abisinia. Sin embargo, no quería arriesgarse solo. Barral, un conocido traficante, había sido atacado por los nativos, habiendo muerto con toda su caravana. Su primer socio, un tal Labatut, había enfermado fatalmente y decidido regresar a morir en Francia. Su segundo socio, el explorador Soleillet, había aparecido transformado en cadáver en las calles de Adén.

“Ese mismo día, cuando todavía no terminaba de anoecer, pude encontrarme a quien tanto había perseguido. Dio vuelta en una esquina y se dirigió al muelle. El buhonero italiano me lo señaló inmediatamente con excesiva insistencia. Me acerqué con cautela. De pronto volteó y me observó con severidad. Lo miré asombrado. No me atreví a hablarle. Todavía guardo la impresión que me causaron sus ojos, profundos, azules, de una belleza excesiva, demoníaca.”

Kristoph Chrobozinski no se percató de que el bar había adoptado un tenso silencio, cuando siguió bebiendo. El abisinio permaneció como al principio; impassible. El desconocido se levantó y sin despedirse se dirigió a la barra para pagar, donde un ballenero que fumaba de pie, le comentó entre dientes: “cree haber visto al Demonio. No entiende que sólo vio a un pobre diablo”. ◇

La estrella más brillante

Arturo Gómez

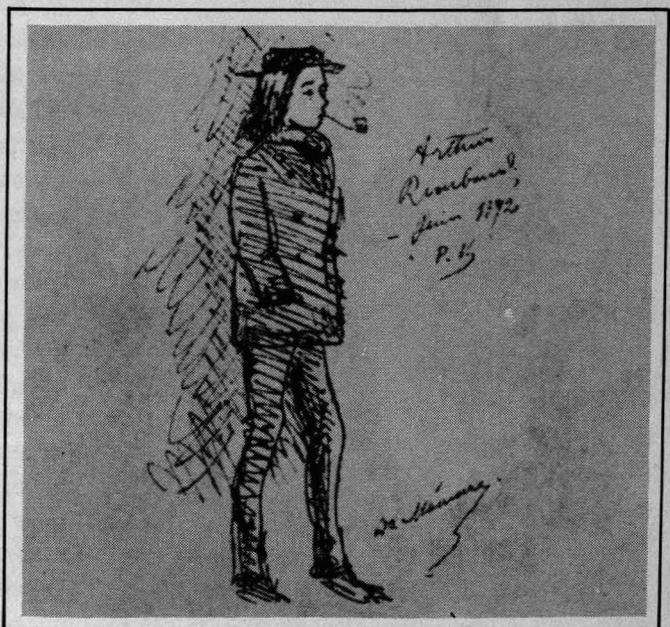
Artemisa griega o Diana latina, la diosa del arco de plata, hija de Zeus y hermana de Apolo, reina sobre los bosques y espesuras y sus criaturas y es Señora de la Luna y de las estrellas.

Hermosa y casta exige de su cortejo de ochenta ninfas virginidad perpetua y cuando descubre que una de ellas, Calisto, hija del abominable Licaón (que había ofendido al hijo de Cronos invitándole a un banquete de carne humana, lo que le costó ser transformado en lobo) ha sido seducida por su padre Zeus, la convierte en osa para que perezca entre los colmillos de las jaurías o las flechas de sus cazadores.

Otra variante del mito dice que fue Hera, la celosa esposa del Padre de los Dioses, la que transformó a la ninfa en osa para que pereciera a manos de Artemisa o de su propio hijo Arcas (Arturo), que había sido salvado por Zeus antes de la metamorfosis y de quien también se dice, descienden los fundadores de la montañosa Arcadia, cuna de toda Grecia.

Las metamorfosis que (como nos enseña Ovidio) practica e impone el Cronión no tienen límite; en éste como en otros casos resuelve salvar a Calisto transformándola en constelación, la Osa Mayor, y a Arturo en la estrella más brillante del firmamento que nos es concedido contemplar a los mortales; lo convierte en el guardián de la osa en la misma constelación.

Fundador de mitos, pueblos e historias en la vigilia; brillante estrella de las tinieblas en las trágicas noches: *Tal como me veis soy: una resplandeciente estrella blanca, señal que siempre a su tiempo surge, aquí y en el cielo; mi nombre es Arturo. Por la noche estoy en medio de cielo claro y entre dioses; entre mortales deambulo de día* (Plauto). ◇



Rimbaud en París. Caricatura de Verlaine

(...) Nosotros lo recomendamos y él viaja

Myriam Moscona

A Jorge Esquinca y a Vicente Quirarte,
con quienes he soñado a Rimbaud.

Con el mismo temblor y la misma tristeza que nos abate al regresar de un sitio donde hemos amado, terminé la lectura de *Arthur Rimbaud*, biografía escrita por Enid Starkie. La cercanía, la daga y el azoro me dieron el privilegio de tenerlo en mi inconsciente. Rimbaud traspasó la vigilia y pude hacerlo mío durante el sueño, dentro de las murallas de Harar y en sus largas caravanas de Abisinia. Es cierto, Rimbaud no era de este mundo pero Enid Starkie lo situó en él. Lugar donde el visionario, el maldito, el hereje, el iluminado, fundó una vida concentrada en la búsqueda de una fe que lo salvara. En la alquimia y en la cábala, en visiones y desiertos quiso encontrar el sitio. Vida y obra tocadas, como dijera Joan Miró, por un destello divino.

Enid Starkie recoge cada minucia, cada documento, cada giro para captar ese destello: trazo de lo intrazable. Su esfuerzo y su entrega le son recompensados. Un eco de Rimbaud se escucha en la agitación.

Antes que por ningún órgano, ¿por dónde respira el poeta si no es por su propia obra? Enid Starkie no pretende desviar este hecho. Alumbra en su destino y entreteje obra, familia, afectos, profetizada en sus poemas. Finalmente su retorno. ¿A dónde vuelve Rimbaud? Anhelante de sanar y seguir sus peregrinaciones, la enfermedad lo arrastra al sitio donde aún no quería regresar. Pieza por pieza, su biógrafa recoge su vida, su aura, su pulsión.

Las alucinaciones de Rimbaud, su seducción por la alquimia



Rimbaud,
por Picasso

de los colores del verbo, su purificación y su exorcismo (concentrados particularmente en una estación en el infierno), su lacerante desprecio por la vida común, han sido repetidos y abordados hasta la saciedad. Starkie les da un orden, muestra la organización del caos. Carta por carta, especulación por especulación, no sólo repasa su anécdota de vida. Repasa también su densidad, su linfa. Nos muestra el camino por donde Rimbaud llegó a su "largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos".

En el capítulo dedicado a su doctrina estética, Starkie recoge lo que Rimbaud había dispersado en cartas, escritos y conversaciones. "Asisto -decía el poeta- a la eclosión de mi pensamiento: lo veo y lo escucho." Probó todo aquello que le otorgaba una pérdida de control. Starkie lo subraya y por conducto de Rimbaud recorre cada punto donde el poeta expresó sus convicciones respecto de la tarea misional que el artista tiene obligación de vivir. Perderse para encontrarse, ir -como decía Baudelaire- hasta el fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo. "El poeta debe depravarse y degradarse con el fin de acabar con todos los diques elevados en torno de la personalidad humana (...) Son buenos todos los medios que permitan este estado de olvido de uno mismo". Rimbaud, oprimido por la realidad, vivió su intensa y breve vida tocado por la gracia.

Seguiré pensando que su verdadera carne es la de sus versos. Sin embargo, en los pasajes de su vida esa carne adquiere otra densidad. Rimbaud se propuso lanzar el alma humana a la eternidad durante su breve vida de poeta. Enid Starkie quiso captar el lanzamiento. Fue entonces, delicada y silenciosamente, tras el recorrido. Cartografía de varios mundos: el geográfico, el pensado y el vivido en los puertos del mar Rojo, en el encuentro y derrumbe con Verlaine, en el desgarramiento de la fe, en el revés de todas sus creencias o en el abandono de la escritura.

Tal vez con el tiempo, cuando las cosas que quedan por aclarar puedan hacerse, la biografía de Enid Starkie pueda ser superada. Por lo pronto su libro nos da el privilegio de intuirlo aun en los claros del bosque. Lo irremplazable, nadie lo duda, es el vértigo producido por la obra del niño que dio su corazón para ser lavado. A través de la mirada que todos hemos puesto en esa obra de vidente, a través de la ilusión de tenerlo, de nombrarlo, de repetirlo; su corazón, víscera donde se ha bebido desde hace cien años, asesta el revés. Cae como un ángel perverso e inocente y nos alumbra el borde. Quienes lo hemos sentido más allá de la vigilia, quienes le hemos temido, recibimos de sus esplendores invisibles el consuelo de saber que, como otros, terminó por encontrar sagrado el desorden de su espíritu. Enid Starkie lo supo junto a él.

Estamos ya en la puerta del porvenir. Entramos al milenio. (...) nosotros lo recordamos y él viaja (...) ◇

Un Barco de Papel para Rimbaud

Mariano Flores Castro

Iza,
alza, levanta
la sufridera, esas
profusas cataratas de
humos y entierros prematuros,
licenciosa voz desbordando el alba,
puertas traseras que el viento azota contra
el marco de tu destino tan flexible a la muerte, y
el salobre desperdicio de una juventud más que amable,
sublevada ante el amor y la patria, esa tierra dichosa de fango
beodo y las hormigas fulminadas por el opio, y las fiebres del des-
amparo, miradas del hambre en la irredenta ruta del hombre que culebrea
por el Boulevard Saint-Germain hasta el delta de un verbo largamente esperado,
afanosamente perdido, haciéndose a un lado para que pase el cortejo final del Esposo
(¿Esopo?) infernal, con un todo-poderoso apocalipsis en el labio que besaría el desdén y la
*lujuria con la misma pasión aquiescente de un niño rico que despedaza su violín en la tarde
llena de proclamas paradisiacas razonadas entre enormes tragos de veneno y pequeñas dosis de
horror al vacío que no llega. Deja ya ese llanto de leproso en la cuneta de los ascos, deja
que las palabras odiadas te quemén, te ejecuten, hablen tu idioma de liberto, para que
al fin tengas pernada, corona, manto y guillotina, tú, severo mendigo de vísperas y
crucifijos, príncipe de "lo imposible", astillero de barcos evadidos a mejores
estaciones, seducciones en ristre, abismal Abisinia que ayer te cargaba
de oro (ciego como un lince que se tiende sobre su presa) en la os-
cura ingle de la infancia, fija en el fuego de tus 19 años...*

Rimbaud revisitado

Gabriel Trujillo

Demasiados poemas se han escrito
Para honrar el misterio de tu huida
Para explicarle al mundo tu silencio
Que prosigue multiplicando las teorías
Demasiados poemas como éste
Escritos a cien años de distancia
De cualquier sueño abandonado
Entre Charleville y Abisinia
Porque la leyenda no nos ha permitido
Descubrir –intactos– tus designios
Y las palabras tercamente se afanan
En tu rostro adolescente en tu mirada perdida
Por recomponer los sueños milenarios
Que un día perdiste sin notarlo:
Rimbaud Rimbaud ya estamos en camino ◇



Rimbaud, por Carjat, octubre de 1871

Arthur Rimbaud: su legado mágico

Sergio Monsalvo C.

El universo es sostenido por una armonía mágica perceptible para los sintonizados con sus buenas vibraciones, y las buenas vibraciones deben sentirse por instinto. Vivir no significa respirar sino actuar, usar nuestros órganos, nuestros sentidos y facultades, todas las partes de nosotros mismos que nos dan el sentimiento de nuestra existencia. El hombre que más ha vivido no es quien cuenta con el mayor número de años sino aquel que más ha sentido la vida. Arthur Rimbaud fue uno de éstos, porque cada parte de su cuerpo le dolió de tanto deseo de vivir.

Odiaba el sueño de la razón, porque la razón duerme cuando el sentimiento que le inspira vida es atado por las estrechas categorías del intelecto y el orden. La disyunción se volvió entonces su regla dominante. De esta manera el yo rimbaudiano se redefinía continuamente, según lo dictaran sus sentimientos. Por todo ello la poesía de este francés universal no es tierra para ancianos, ya que busca la juventud perpetua mediante la experiencia dinámica del yo, en la apoteosis de su pureza instintiva. Su meta es la de abrazar al universo y volverse Dios.

Rimbaud define la juventud no en años sino en emociones. Su poesía nace en el esplendor juvenil y se propone permanecer ahí por siempre. Conserva su plenitud al renacer todos los días. La lucha que engendra el cambio es su elixir vital, porque sólo el cambio eterno garantiza la juventud eterna. Y en eso Rimbaud vibró con la armonía universal: *Il faut être absolument moderne*. Su legado mágico de eterna juventud. ◇

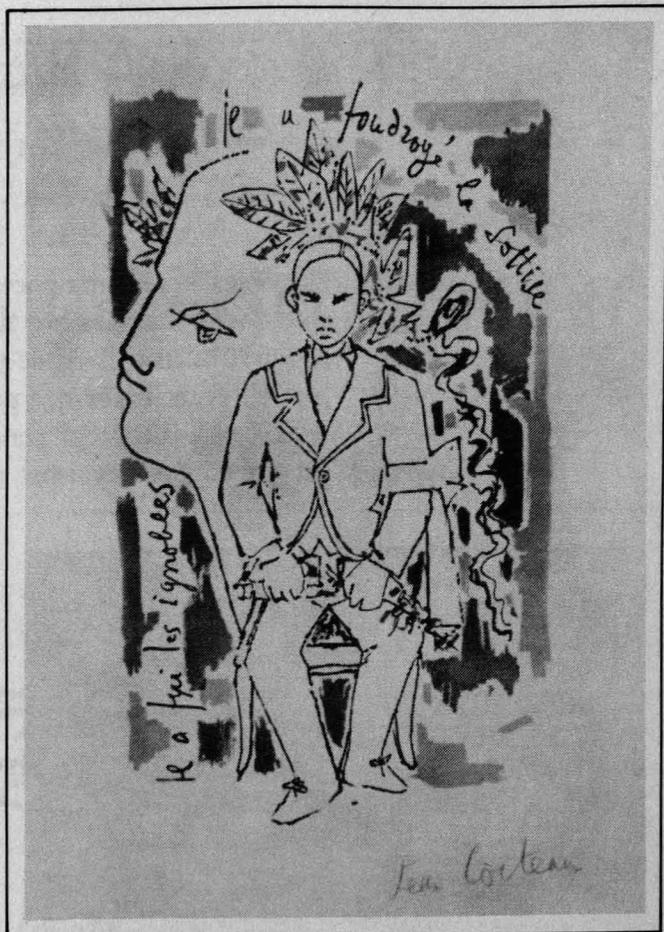
Nonato terreno

Lourdes Sánchez Duarte

Pienso que Rimbaud lo dijo así
el infierno no sirve.
Otra vez la cortesana ficción de las palabras
nos ha engañado
agotadas las escalas y los deslices cósmicos
escaleras abajo
del alba a la ceniza
el delicado humo del hachís
desierto adentro
del tráfico occidental al placer
a cambio sí
de una guerrilla entre dunas
porque aún
las enterráfagas se cruzan celestes
y las tormentas de arena
y éstas y aquellas amordazadas noticias
tan sólo son provocaciones desbordadas
que a nadie le sirven para nada, sólo ingenuas
cobardías
pues él eligió el infierno de una realidad
íntima
lejana
era un joven exigente
que apostó por el hombre
que hoy nos habita y todavía
y apenas si
que de vez en cuando
nos atrevemos
a escucharlo duro y bien serio
transcurrir. ◇



Rimbaud misionero. Caricatura de Delahaye



Rimbaud, por Jean Cocteau

Filiación del condenado

Raúl Renán

¡Alerta! Hombres de lodazal. Recordemos al salvador y a su salvación. Es un ángel negro. Peina serpientes y con la voz en alto impone el orden de la belleza. La maldita belleza de los poetas del cielo: del infierno. Huele a flor: a azufre. Resplandece en su luz Lucifer. Su frente está sellada por Dios. Del dedo destructor de ese Dios nace el trazo de una nariz aguda por donde escapan todos los buenos aromas. Ojos que dejan, en todo lo que ven, el tinte del fuego. El doble arco del bien y del mal le dan sombra. Y de la boca sale la dama premonitória: rosas de fuego y el afecto de la noche que ama a los feroces desairados. Del mentón de su hermosa juventud, crecen hacia abajo, las cansadas llamas del tiempo. Todo él es un corazón que quiere salir: se incorpora y cae, y se incorpora del espejo de grana diluida. De su rostro de infante apremiado nos arroja su acusación final, con el cielo en los ojos. ◇

A Rimbaud

Jean-Pierre Lemaire

El infinito recomienza poco a poco
entre los avellanos, sobre la ruta oscurecida.
La lluvia ha manchado de tinta el paisaje
pero el corazón sabe que puede de nuevo fiarse
de la hierba fría de las peregrinaciones
del camino que desmiente que la tierra sea redonda.◇

Versión de Vicente Quirarte

Rimbaud, por Fernand Léger



Homenaje a Rimbaud

Jorge Guillén

"L'Alchimie du verbe"

Un hombre
Con furia adolescente
—¿Angélico? Ya es tarde. Ni diabólico—
Se adivina y dice
"Es sagrado el desorden de mi espíritu."

Se pudo trascender ese desorden
Y se llegó a la meta:
Je fini par trouver sacré...
¡Qué audacia,
Qué insolencia genial, qué disparate! ◇